

EL MUNDO

QUE

VIENE

Premio Nobel de Economía y gran divulgador, Joseph Stiglitz critica los excesos del neoliberalismo, al que define como un "desastre". Su nuevo libro es un manifiesto provocador en el que llama a una reconstrucción del capitalismo mirando más a los ciudadanos que a las grandes corporaciones

POR PABLO
PARDO WASHINGTON

80.000 habitantes que ha visto cómo su base industrial metalúrgica era destruida por la competencia exterior, y que está en el estado de

Gary, en Indiana, no sólo es el pueblo de Michael Jackson. También tiene su *celebrity* económica. Se llama Joseph Stiglitz, veranea algunos años en Cadaqués (y tuvo en una ocasión la oportunidad de ser tratado en la «increíble», según sus palabras, sanidad española) y es Premio Nobel de Economía. Stiglitz ganó ese galardón en 2001 por sus estudios acerca del hecho de que los mercados no son eficientes porque la información no se distribuye de manera perfecta por ellos.

La teoría de Stiglitz rompió con la idea de que el mercado se autorregula y, en último término, es un mecanismo perfecto. Claro que este profesor de la Universidad de Columbia que cumple 76 años en tres semanas, fotógrafo aficionado, ha levantado muchas más ampollas.

En 1999, se fue del Banco Mundial dando un portazo. En 2000 publicó el *best-seller* *La globalización y sus descontentos*, un libro en el que atacaba ferozmente el consenso

económico del libre mercado de los años 90.

Ahora acaba de sacar *Capitalismo progresista* (Editorial Taurus), cuyo título ya lo dice casi todo acerca de su orientación ideológica. Una orientación que ha tenido impacto en España. Stiglitz ha colaborado con la Fundación IDEAS, del PSOE, y en marzo de 2015 recibió a Pablo Iglesias en su despacho de Columbia en lo que calificó como «un encuentro muy positivo».

Poco después organizó en la Universidad un seminario con unos 20 economistas de Podemos que «salió muy bien». Hoy, Stiglitz, mientras conversa con *Papel* por teléfono desde Baviera, no quiere hablar del nuevo Gobierno español. «Estoy un poco familiarizado, porque paso algo de tiempo en España, pero no sé todos los detalles. No he seguido a Podemos lo suficiente para poder decir mucho», se excusa.

P. El también Nobel Robert Shiller, que da clase en Yale, me contó que su familia, que es de Michigan, le dice que está loco por ser demócrata. Usted es de Gary, una ciudad de

Indiana. Cuando usted va por allí, ¿le dicen también que está loco?

R. Cuando voy, me doy cuenta de que el pueblo está muy dividido. En sitios como Gary la vida no sólo no ha mejorado en relación a como era hace tres años, sino que ha empeorado. Hay más gente sin seguro médico, no se han creado muchos empleos y algunos han perdido la ilusión. Pero es verdad que muchos de los votantes más fieles de Trump no han cambiado sus puntos de vista. Por eso creo que va a ser una elección muy reñida.

P. Cuando usted dejó el cargo de economista jefe del Banco Mundial le llamaron de todo, y más cuando criticó el modelo económico de los 90 y principios de este siglo. Después vino la crisis, y buena parte de sus críticas se revelaron, desgraciadamente, acertadas. ¿Se siente usted vindicado por la vía de los hechos?

R. Sí, es desafortunado haber estado en lo cierto. Creo que en este momento hay un consenso generalizado en que el neoliberalismo no ha funcionado bien en ningún sitio. Hemos tenido un experimento de

40 o 50 años, y cuando yo levanté la voz en el Banco Mundial nos encontrábamos en mitad de eso, pero ya estaba claro que las cosas no estaban yendo como los defensores del neoliberalismo decían. Y ahora que llevamos como unos 45 años y tenemos datos, está claro que, por ponerlo suavemente, ha sido un desastre.

P. ¿En qué momento empezó usted a abrigar dudas acerca de ese modelo? ¿Cuando empezó a estudiar o cuando se involucró en política económica como presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bill Clinton y, después, como economista jefe del Banco Mundial?

R. Empecé a cuestionarlo cuando era estudiante de posgrado. Los modelos estándares que nos enseñaban se basaban en la idea de que los mercados competitivos son siempre eficientes. Pero, habiendo crecido en Gary, yo tenía una visión muy diferente de la economía de mercado de la que estaba teniendo que estudiar. La pregunta era: ¿qué está mal en el modelo si la conclusión no funciona? Así que empecé a trabajar sobre

información asimétrica y sobre mercados de riesgo imperfecto para entender qué estaba mal en el modelo. La gran ironía es que mientras algunos —como yo y como George Akerlof [que también ganó el Nobel y cuya esposa, Janet Yellen, fue la primera mujer presidente de la Reserva Federal]— hacíamos estudios en esa dirección, el liberalismo se convirtió en la ideología económica dominante con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, que pusieron en práctica políticas basadas en la idea de que el mercado no comete fallos. Fue una coincidencia muy peculiar.

P. En esa época de finales de los 70 y principios de los 80, Europa y EEUU tenían unos índices de desigualdad de rentas parecidos. Hoy, la desigualdad es mucho mayor en EEUU que en Europa. ¿Por qué?

R. Europa empezó ese periodo con un Estado del Bienestar mucho más fuerte, y con una idea mucho más consolidada de que hay que proteger a los ciudadanos. Puede llamarlo si quiere solidaridad social. Han pasado más de cuatro

“TENEMOS QUE
AL CAPITALISMO
DEL CAPITALISMO



JOSEPH STIGLITZ
Economista Premio Nobel en 2001
Profesor en la Universidad de
Columbia Su nuevo libro es
'Capitalismo progresista' (Taurus)

décadas, y aunque el Estado del Bienestar europeo se ha debilitado, aún es mucho más fuerte que el de EEUU. En Alemania, la desigualdad en el ingreso de mercado [*market income*, es decir, lo que la gente gana por su sueldo o pensión cada mes] es prácticamente igual a la de EEUU; la desigualdad en el ingreso disponible [el dinero que la gente tiene después de transferencias e impuestos] es mucho menor en Alemania que en EEUU. Así que en ambos países ha habido un aumento de la desigualdad, pero Alemania la modera y EEUU, no. En otras áreas Estados Unidos también ha sido mucho más extremo.

P. ¿En qué áreas?

R. En el poder de mercado de las empresas, lo que implica mover dinero hacia monopolios y, en general hacia los niveles de rentas más altos. Y esto es curioso, porque históricamente Europa no ha tenido regulaciones antimonopolio tan estrictas como EEUU. Pero después EEUU suavizó sus leyes de defensa de la competencia, mientras que Europa las

endureció. ¿Quién es la persona que ha luchado con más eficacia en el mundo contra los monopolios en los últimos años? Margrethe Vestager [la comisaria europea de Competencia]. La evidencia ahora mismo es que las empresas con una posición de poder en los mercados tienen mucho más poder en EEUU que en la UE. Esto no lo digo solo yo; también lo dice Thomas Philippon [un economista francés que da clase en la Universidad de Nueva York y es el principal asesor económico de la candidata demócrata Elizabeth Warren; Phillippon, que ha escrito el libro *The Great Reversal. How America Gave Up On Free Markets*, sobre los monopolios y oligopolios en EEUU, ganó en 2019 el Premio Bernácer, otorgado por el Observatorio del Banco Central Europeo y financiado por el Banco Santander].

P. Vamos a una realidad concreta en la que su libro se contradice: las grandes empresas tecnológicas. En una página, propone partir, por ejemplo, a Facebook

en tres empresas –Instagram, Whatsapp y la propia Facebook–, pero en otra admite que eso es difícil porque es un «monopolio natural» que no puede ser dividido. Lo mismo puede aplicarse a Google y a otros gigantes de internet.

R. Yo propongo dos cosas.

La primera es no autorizar a esas empresas a entrar en muchas actividades diferentes. No hay ninguna razón para que Facebook comprara Instagram y Whatsapp, ni para que Google, que es un buscador de gran éxito, sea también una tienda. La segunda, que hay que controlar prácticas anticompetitivas. Por ejemplo, que Amazon use información de gente que vende en su plataforma, y luego, tras ver qué productos tienen éxito, los venda en su propia tienda. Ése es un conflicto de intereses claros. En las áreas en las que es más difícil partir esas empresas, los reguladores deberían prestar más atención a sus prácticas operativas.

P. El ex economista jefe del FMI con Rodrigo Rato y ex gobernador del Banco Central de India

Raghuram Rajan escribió con Luigi Zingales hace dos casi décadas un libro titulado *Salvar al capitalismo de los capitalistas*. ¿Sigue siendo válida esa frase?

R. Hay que salvar al capitalismo del capitalismo. La ética subyacente del capitalismo es el egoísmo. Algunos dicen que Adam Smith celebraba ese egoísmo al decir que la búsqueda del interés personal repercutirá en el bien de la sociedad. Pero Adam Smith también dijo que «es poco frecuente que gentes que se dedican al mismo tipo de negocios se reúnan, incluso por razones joviales y de entretenimiento, sin que la conversación concluya en alguna conspiración contra el interés público». Ésa es la mejor definición de cómo funcionan los oligopolios. Hemos visto las consecuencias de esta ética de «la codicia es buena» en lo que ha pasado en la crisis financiera, en el *dieslegate* [el gigantesco fraude de Volkswagen para ocultar las emisiones de gases de efecto invernadero de sus vehículos], en las crisis de la adicción en EEUU a

los medicamentos opiáceos producidos por las farmacéuticas, en la proliferación de diabetes por el azúcar que las empresas de alimentación ponen a la comida... en sector tras sector, las empresas han promovido la desregulación para matarnos. Es normal que esta ética que pone a los beneficios por encima de todo nos haya llevado a una desilusión con respecto al capitalismo.

P. ¿Quién debe cambiar eso? ¿Los gobiernos? ¿Las instituciones multilaterales ya que al fin y al cabo estamos en una economía globalizada? ¿O las organizaciones de la sociedad civil?

R. Claramente, los gobiernos. En la medida en la que logren cooperación internacional, será bueno, pero deben ser las leyes nacionales las que supervisen la actividad económica. Al menos en el corto plazo, cada país debe hacer eso por su cuenta. Y la sociedad civil juega un papel importante, pero no suficiente. Las empresas de carbón no van a dejar de contaminar por mucho que la gente proteste.

“NO HAY QUE
AUTORIZAR LA
ENTRADA EN MU-
CHAS ACTIVIDADES
DIFERENTES A
LOS GIGANTES
DE INTERNET”

“EN DISTINTOS
MERCADOS LAS
EMPRESAS HAN
PROMOVIDO LA
DESREGULACIÓN
PARA
MATARNOS”

QUE SALVAR ISMO ISMO”

ENTREVISTA A
JOSEPH STIGLITZ,
PREMIO NOBEL
DE ECONOMÍA